

La novela proletaria

ELENCHUFISTA

25
CTS

AVGVSTO
VIVERO



Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 17

EL ENCHUFISTA

por
AUGUSTO VIVERO

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

El próximo número de
Biblioteca de los sin Dios
se titulará

El sacramento vaginal

por **AUGUSTO VIVERO.**

80.000 ejemplares

se han puesto a la venta del sensacional y emocionante folleto del brioso confinado, el ejemplar sindicalista Tomás Cano, titulado

Nuestra odisea

en Villa Cisneros

con un interesantísimo y ameno prólogo de

RAMON FRANCO

Ejemplar, **50** céntimos.

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

EL ENCHUFISTA

Cuando, al derrumbarse la Monarquía, los moradores de Castrofelices vieron ondear la bandera tricolor sobre la fábrica de Benigno, «Ninín», y esconderse, bajo careta de tres colores el «Proveedor de la Real Casa», hubo en el vecindario mucha disparidad de pareceres: unos injuriaban al fabricante considerado como con-
sorte; otros le motejaban en calidad de hijo.

¿Por qué le zaherían con aquellos calificativos, tantas veces nobiliarios? No sin causa.

Ninín era monárquico. Tan monárquico como su ilustre bisabuelo, aquel que por adoración a Fernando VII almorzóse parte de la paja correspondiente a uno de los caballos del Narizotas. Monárquico tan firme como el propio padre de Benigno, aquel que rogó a Carlos Chapa: «Mi esposa y yo suplicamos a V. M. que nos honre haciéndonos un hijo.»

Pero el hijo de tal padre no carlisteaba. Bien que se

hubiese civilizado un poquillo, bien que juzgase más remunerador adherirse al dueño de la «Gaceta», *Ninin* era católico, apostólico y absolutista del señor XIII. Y aunque jamás habría llegado a la bajeza de pedirle al monarca se dignase ponerle cuernos, si los hubiera llevado noblemente al querer otorgarle don XIII aquella insigne gracia, tan apetecida por muchos huéspedes y huéspedesas de la *Guía Oficial*.

Mas no hubo de qué darlas. Primero, porque la esposa del fabricante sentíase más partidaria del Altar que del Trono, hecho que la llevó a darle al postrer retoño de su marido la misma cara del párroco de Castrofelices. Después... porque había faltado la ocasión. Y aun después, porque cuando hubiera sido posible hallar la ocasión, el augusto sujeto andaba enamoradísimo de alguna «miss» de su esposa. Por tanto, el fabricante se hubo de consolar poniendo en su fábrica y en sus tarjetas un «Proveedor de la Real Casa».

¿Proveedor de qué? De nada. El rotulillo sólo provenía de haberse dado a la Real Casa las pesetas correspondientes al permiso de usarlo. Con todo, bien pudo ser veraz. *Ninin* era el inventor de la «bujía infanta Cristina», cuyo mérito estribaba en su apariencia de menudo cirio y componerse de materiales bendecidos por Su Santidad. «Las consumidoras de la «bujía infanta Cristina»—rezaban las *Hojas Parroquiales* de todos los Obispadós—tienen cien días de indulgencia.»

Tal era el hombre que podía envanecerse de haberizado, al advenir la República, la mayor bandera republicana de la provincia.

—¡El colmo!—gritaban unos obreros, contemplándola—. ¡Republicano ese granuja, y sobre ser cabo somatenista, no sale de la iglesia!

—Como que tiene—corroboraron otros—el a. b. c. del santurrón: avariento, bigardo y cruel. No sin motivo confiesa y comulga todos los días. ¡Las bribonadas que hará entre hostia y hostia!

—Recordad—apuntaba un memorioso—lo que ha peleado por impedir la sindicación de sus obreros. Recordad la infame huelga que provocó hace un mes y por la cual encarcelóse a muchos padres de familia. Recordad que suya es la obra de que hubiese muertos y heridos entre los que no se doblegaban a ser ignominioso rebaño...

¡Recordar! Todo quedó en inofensivos clamores, en pueriles cuchufletas y en romper algunos cristales de la fábrica.

—¡Cochinos!—chillaba Luisita, la juvenil consorte del ex proveedor, escuchando el alboroto y aferrada convulsivamente a su marido y al cura—. Ya, ya las pagaréis en cuanto se vuelva la tortilla. ¡No va a quedar un republicano vivo!

—Hable usted a esa gentuza—ordenó el cura, cejijunto, encarándose con el esposo.

—¿Yo? ¡Usted quiere que me maten!

—No; hijo, no—expuso el clérigo impaciente—. Sal ahí, clama contra la Monarquía, elógiales la República, pon la democracia por las nubes, y... Pero, anda, anda, que si nos descuidamos arderá el edificio.

—¡Gentuza vil!—refunfuñó el hombre de las bujías—.

Y con más miedo que vergüenza, lanzóse al balcón tremolando una bandera republicana y desgañitándose en vivas a la República.

Cesaron las injurias, y formidable salva de aplausos acogió la comedia.

—¡Idiotas, idiotas; ya os lo diremos de misas!—clamaba rencorosa la pizpireta consorte.

—Calma, nena; calma, que usando del disimulo seremos los más fuertes—sugería el sacerdote con dulzura evangélica—. Y si no, atiende.

En efecto, hablaba Benigno y sus frases corrían entre ovaciones estrepitosas. Especialmente se desbordó el entusiasmo al decir él lo de «apiñémonos todos junto a las nuevas instituciones, imprescindibles si queremos devolver al Estado el decoro perdido, y a la nación su inmarcesible soberanía, por tanto tiempo secuestrada. Y ¡ay del que se atreva, malvado y ruin, a erguirse contra el régimen que todos nos dimos por impulso de nuestro amor patrio!»

—¡Farsante!—clamó el tío Blas, alma de la *Tertulia Republicana*, y cien veces procesado por obra del fabricante cacique.

Nadie le oyó. El de la arenga cívica fué sacado en hombros por quienes fueron a lyncharle, ahora enternecidos viéndole besar con llanto en los ojos la bandera republicana. Y *Ninin*, al frente de clamoroso gentío, fué a Telégrafos, donde cursó a Madrid vibrante despacho, en que atestiguaba «la inquebrantable adhesión de los republicanos castrofelicensés a la forma de gobierno por la cual se sacrificaron toda la vida».

Horas después, el «Proveedor de la Real Casa» tenía en sus manos la respuesta:

«Gobierno, conocedor invariables sentimientos republicanos de usted, agradece valiosísima adhesión y ruegale indique nombres para sustituir alcaldes y ediles monárquicos. Róngase acuerdo guardia civil y ofrézcase monjas convento y cura párroco contra posibles perturbadores.—Maura.»

* * *

En la *Tertulia Republicana*—viejo casuco donde se reunían los únicos doce republicanos que hubo siempre en Castrofelices—cayó como una bomba la noticia. ¡Cómo! Haberse pasado tantísimo tiempo en lucha con el implacable cacique borbónico, para, cuando venía la hora de hundirlo por siempre, seguir padeciendo su omnipotencia en calidad de cacique republicano! ¡Haber conseguido, a fuerza de mítines, desmonarquizar el pueblo, y hallarse ahora con que Madrid fraternizaba con el más monárquico de los beatones de Castrofelices!

En nombre de la *Tertulia*, el tío Blas puso telegramas a Madrid; y todos sus telegramas quedaron sin respuesta. Escribió a los periódicos, y los periódicos echaron al cesto las cartas.

Mientras, el secretario de Ninín—presidente de la Adoración Nocturna local—recibía el nombramiento de

alcalde. Y unos cuantos servidores del ex alfonsino pasaban a ser ediles. Más aún: Benigno era nombrado por Maura jefe provincial de la Derecha Republicana.

La infeliz Tertulia quedó aislada y acordonada, cual foco de pestilencia, lo mismo que antes de hundirse la Monarquía. Ninguno de los partidos «de orden», ninguna de las agrupaciones «que trajeron la República», quería trato con «los energúmenos».

El partido radical, organizado por el administrador de Benigno, tuvo excelente Casino propio. Igual sucedió a los de «Al Servicio de la República», vertebrados por el cura. El partido radical-socialista, que nació a impulsos de un amanuense de Benigno, hallóse con cómodos locales donde había cuarenta y seis retratos de Marcelino Martes. Y en casa del sacristán congregáronse los de «Acción Republicana»: el juez—hechura de Benigno—, el maestro—colocado en Castrofelices por Ninín—, y el cartero, número uno de los matones custodios del cacique. De allí adelante no pudo chistar la pobre Tertulia Republicana sin que todos los partidos «leales» de la localidad la emprendiesen con ella en los periódicos madrileños, ayer alfonsinos, hoy republicanos incorruptibles.

A la postre se disolvió la Tertulia. Indignados, asqueados, unos de sus miembros fuéronse al comunismo, y otros, los más, se hicieron sindicalistas.

—Al fin y al cabo—expresó el tío Blas—, seguiremos juntos los que juntos combatimos contra el Felón.

Ninín recibió de Madrid un telegrama jubiloso: «*Felicitado a usted por el triunfo de la hábil política con*

que ha eliminado ese foco de agitación antirrepublicana.»

* * *

Hubo muy luego elecciones municipales. ¡Una gran victoria republicana! ¡Ni un solo edil monárquico! ¡Todos, de la Derecha, y radicales, radicales-socialistas, de Acción Republicana, de Al Servicio de la República... Y ¡hecho gratisimo!, aplastado el único de oposición, aquel indeseable tío Blas, «republicano de Casino», que sólo actuaba «por rencores de inconfesable vanidad insatisfecha».

Sí, aplastado y aun corporalmente. ¡No se atrevió a proferir conceptos desdeñosos para la República! Por dicha, le oyeron unos guardias del Municipio—entusiastas radicales—, y harto fué que el antipatriota saliese con vida de sus zarpas, ya que faltó poco para que le rematasen a golpes.

El primer acto del republicanísimo Concejo fué volver a elegir alcalde al secuaz de Benigno. Y el segundo—acuerdo secreto—convenir en que no se daría trabajo en las obras municipales a quien no cediese un jornal íntegro para la «Suscripción ciudadana pro embellecimiento y saneamiento de Castrofelices».

Al divulgarse la nueva, rugió de cólera el Centro de Trabajadores.

—¡Mereceréis llevar las faldas de vuestras mujeres si lo consentís.—decía frenético el tío Blas, incorre-

gible, pese a los verdugones que negreaban en su cuerpo.

No lo consentían, no. Y en la Junta, convocada inmediatamente, dominaron desde el comienzo impulsos de violencia.

Porque aquel «embellecimiento y saneamiento» tenía su historia. Historia entre bufa y cruel. Historia comenzada en episodio de sainete y desenvuelta con rigores de tragedia.

Recordáronla furiosos los obreros encarcelados por la última huelga y a quienes el pueblo de la capital echó a la calle al nacer la República.

El caso fué...

Un día, volviendo de caza, paró allí el último de los Borbones coronados. Mientras bebía unas copas en el Ayuntamiento, el usufructuario de la S. y la M. tuvo una de sus inmortales ocurrencias.

—¿Cómo no hermoseáis el pueblo?—dijo al alcalde, tirándole afectuosamente de una oreja.

—Señor, somos pobres. Y abrir calles, tener plazas y limpieza necesita su con qué.

—No voy por ahí, hombre—dijo el otro con el castizo lenguaje que tanto celebraban en él sus admiradores—. Mira, ¿ves ese cerrillo que hay a la entrada del pueblo? ¡Lástima que esté cultivado! Ahí, con unas pocas pesetas, levantaríais un monumento al Sagrado Corazón, y ¡transformado el paisaje!

Sí, sí—apresuróse a confirmar el cura—. ¡Realmente la idea es soberana! ¡Conviene hacer ver que

la nación es católica! ¡Y sanear la conciencia de los pueblos!

—Justo; pero sobre todo, embellecer el paisaje—institió el S. y M.—. La cumbre de mi historia es, no sólo haber incorporado a los dominios celestiales el Cerro de los Angeles, sino erguir aquella maciza joya de arte piadoso en la hosca fealdad del sembradío.

—Señor—adujo el cura—, ese monumento es también monumento simbólico del reinado de V. M. Las generaciones que acudan al Cerro de los Angeles siempre han de tener en memoria que si nuestro país está consagrado al Corazón de Jesús, débese al rey católico por excelencia. El «Yo, reinaré» del Cerro de los Angeles, hablará siempre del más sabio de los Alfonsos...

—Bien, bien—dijo ufano el primer cazador de España y sus colonias—. Yo os brindo la idea; vosotros...

—La idea—expresó meditabundo el alcalde, cuñado de Benigno—denuncia la tradicional sabiduría de la Corona; pero... pero...

—Gachó, te ahogas en poca agua—expuso el sabio huésped—. ¿Que no hay dinero? Se busca. Por de pronto, yo me encargo de resolver lo del terreno.

—¡Siempre, siempre—saltó Benigno, que por allí andaba de quitamotas—el primer óbolo para cualquiera gran obra, es el del primer ciudadano!

Hízose don XIII el desentendido, y expuso:

—Hay una ley para expropiaciones forzosas por utilidad pública. Eso me incumbe a mí. Porque, ¿qué

mayor utilidad pública que ésta? Sin embargo, hablabamos de higiene, de alcantarillas, de colectores. En fin, hecho. Y lograda la expropiación... Tú—dijo al «Consejero» que le acompañaba—, ¿no me hablaste de si había no sé cuánto para construir una escuela en Castrofelices? Se puede aplicar a lo del monumento...

—Como poder, se puede—habló el ministro—, y basta el noble deseo de V. M. para que desaparezcan las dificultades. Pero como V. M. sabe, hay hojas clandestinas que sacan punta de todo...

—Sí; eso es lo malo—suspiró el rey tristemente—. ¡Y aun se me insulta llamándome absolutista! Mirad, yo os doy expropiado el monte; vosotros hacéis el resto. Y si abris una suscripción, la encabezo con veinticinco pesetas.

Hubo ruidosos vítores al rey patriota y dadivoso. Y hubo unanimidad en los corresponsales periodísticos al difundir que el monarca ofrecía ¡25.000 pesetas! para el «embellecimiento y saneamiento» de Castrofelices, aduar inmundo en la estepa castellana, etc., etc.

Por desdicha,, los españoles creyentes son tan ardorosos de espíritu cristiano como duros de pelar. El grueso de la suscripción se redujo a: 25,00 pesetas del señor XIII (dadas por el alcalde con cargo al capítulo de «Quema de basuras»), 24,95 pesetas del Consistorio, 24,95 de don Benigno González de Fuengirola de Santiponce y Alcañices de San Toribio; 24,95 de doña Luisita Pérez de González, de Fuengirola, etc., etcétera; 24,95 de «nuestro virtuoso cura párroco», y 24,95 que dió el alcalde de su bolsillo particular, pero

tomándolas previamente de las arcas edilicias. El resto de los donativos fué tal como si la suscripción se hiciese para comprarle cordilla a un gato.

Hízose inevitable imaginar una subasta benéfica. Pero tampoco dió mucho de sí. Tampoco. Y eso que se licitaron: tres misas, donadas gratuitamente por el cura; cien escapularios, hechos «por las más aristocráticas señoritas de la localidad» con mechones de su propia melena y raso del penúltimo vestido que desechó la Virgen; un chotis, dos tangos y un pasodoble, otorgados por la sobrina mayor del párroco para el primer baile que hubiese; unos calzoncillos de ca- «Yo, reinaré» preciosísimo; una copa del rey de caballero, en que la señora alcaldesa bordó a realce un pas, y diez paquetes de «bujías infanta Cristina», regalo de Benigno.

Entonces éste convocó a «las fuerzas vivas»—o si se quiere, a los individuos que vivían del ajeno trabajo—, y las arengó con energía. ¡Imposible que se deshonrase la urbe desatendiendo una iniciativa del rey! ¡Imposible que los amigos personales del monarca incurriesen en tamaña deslealtad!

Para remediarlo propuso Ninín vitalizar la suscripción «pro embellecimiento y saneamiento de Castrofelices». Y de modo fácil. Recargando una décima en todos los arbitrios municipales. Creando el «sello del trabajo», que adherirían a su cédula personal los trabajadores. Imponiendo cada uno a sus criados, a sus labradores, a sus obreros, el pago semanal de una cuota. El, desde luego, implantaría en su fábrica, desde aquel sábado, la cotización voluntaria de dos pese-

tas con destino al monumento. Y si alguno andaba remiso, ¡a la calle!

Así nació, un mes antes de advenir la República, el paro en la negrería blanca de Benigno. Y de ahí vino llenar el pueblo de guardia civil, no menos que la fábrica de esquirols. Y el detenerse a bastantes obreros, cuyo delito consistía en tener independencia y sentirse asistidos del derecho a mandar libremente en su propio trabajo. Y el que una noche, los huelguistas sin armas agrediesen a la fuerza pública, tan bien armada. Y el que, tras sepultar unos muertos, conducir al hospital unos heridos y procesar por agresores a los que ni se habían defendido, imperase majestuoso el orden y se recaudaran las cuotas con destino al futuro fantasmón de cemento.

—¡Y ese hombre, causante de todo—clamaba iracundo el tío Blas ante la asamblea de trabajadores—, es hoy el amo de la República en el pueblo! ¡Es la persona de confianza de los gobernantes! ¡Y me procesó a mí, por cabecilla de la revuelta, cuando no hubo revuelta, sino matanza! ¡Y preso me tuvo hasta que firmé la cesión gratuita de mis tierras para que se pudiese llegar al monte donde alzan su estafermo!

—Hay que recordarles que estamos en revolución—adujo sombríamente un mozo.

—¡Qué revolución ni qué narices!—interpuso el tío Blas con energía—. Pasa lo que pasa, porque no hubo revolución; porque nosotros, los republicanos de siempre, dejamos que se aupasen muchos que nunca sintieron ni pensaron republicanamente. Así todo que-

dó lo mismo. No hay, no puede haber cambio de régimen, sin una revolución que se lleve por delante los restos del otro régimen. ¿Y qué ocurrió? Vedlo vosotros. Nuestro juez, el juez monárquico de antes. Nuestro cabo de la guardia civil, el cabo monárquico de antes. El cura, el cura fanático de antes. El cacique, el cacique bestial de antes. Por eso, los vencidos somos los republicanos. El Estado continúa en poder de la Monarquía.

Verdad era. Por eso, el oír, dicho en voz alta, lo que todos se decían para sus adentros, avivó más y más la iracundia. Tanto, que ardiendo en rencor, determinaron todos irse a echar del Consistorio a los farsantes que, usurpando el puesto a los republicanos, decían representar a la República de modo legítimo.

Pero, delante de la Casa Consistorial, los esperaba Benigno. Y con Benigno, los custodios del orden, apostados frente a la calle por donde adelantaba la manifestación entre vítores a la República y tueras a los traidores. Tronó una descarga, y otra, y otra, persiguiendo al gentío, desbandado entre clamores de dolor. Y allí, ante Benigno, corrió de nuevo la sangre generosa de los anticlericales, de los antimonárquicos, de los antirreaccionarios...

La gran Prensa encomió «el servicio prestado a la causa del orden contra las fieras convulsiones del extremismo rojo, tan hostil a la República». Se clausuró el Centro de Trabajadores, mandóse a la cárcel de la capital largas cuerdas de detenidos, y hubo quien

nunca volvió a ser hombre cuando le restituyeron al fin su libertad.

Entre tanto, a ruegos cariñosos del ministro del ramo—que necesitaba, para gobernadores, republicanos de temple—, Benigno se hubo de sacrificar: nombrósele gobernador de una provincia industrial. Y pues los asuntos de la República exigían acucioso aprovechamiento de todas las capacidades republicanas, Benigno fué nombrado a un tiempo embajador en Laponia, vocal del Consejo Superior para el estudio de los cambios atmosféricos, miembro de la Comisión Internacional para la reglamentación del Beso, y delegado para el estudio de las minas de tachuelas en California.

Mientras, allá en Castrofelices seguía la construcción del santo monigote de cemento, que por las trazas prometía ser adefesio tan horrible como el que ofende al buen gusto en el Cerro de los Angeles...

* * *

Luisita, la guapa y devota consorte del reverendo gobernador, quedóse meditabunda cuando hubo leído la carta. Cerrando los ojos vió, allá en Castrofelices, la peraleda donde sus ansias místicas de acercamiento a Dios plasmaron en febril caída con el clérigo que en nombre de Dios la cortejaba. Uno tras otro pasaron por su mente los recuerdos conturbadores de aquellas sigi-

losas caminatas al anochecer. Y evocó, estremecida, la hora sádica en que, de hinojos delante del confesonario y paladeando una voluptuosidad nueva, acusábase al cura de tener un querido y quererle más que al esposo...

Ahora, en su carta, el clérigo la reprendía con aspereza:

—¿Qué fué de tus juramentos? ¿Qué se hizo de aquellos inolvidables atardeceres de felicidad junto a las santas obras del Sagrado Corazón? Si ahí vas a la iglesia, ¿la divina imagen del corazón ardiente no te inflama con el recuerdo de aquellas horas de bestialidad sublime? Vuelve, Amor; vuelve pronto. Ninguna mujer me ha trastornado como tú. Me destrozan los celos. Me angustia pensar que tu marido me suplante...

De súbito penetra Ninín en la estancia.

—¿Qué lees?—interroga mirando a su esposa con curiosidad.

—Psch—responde Luisita sin inmutarse—. Me ha escrito ese. Le asusta pensar que me haya enamorado de tí.

—¡Imbécil!—arguye Benigno yendo a sentarse debajo de un gran crucifijo lerrouxista que adorna la estancia.

—¿Y por qué no? Una cosa es que te casaras conmigo por mi dote, cuando prestaste al rey las cien mil pesetas que no pagó, y otra...

Benigno puso en ella los ojos severamente.

—Luisita—ronroneó—, sé razonable. Ya te advertí al casarnos cómo pensaba de las mujeres. Si no, ¿crees que habría tolerado lo tuyo con el cura? ¡Ay, no; hija! Se irguió la consorte como gallo de pelea.

—¿Y a mí, qué? Quien no se puede casar, no se casa. El que es marido, ha de serlo de veras. Y si no, abstenerse de tener celebridad. ¿Tengo yo la culpa de que seas un gran personaje? ¿La tengo de compartir la admiración que todos te profesan?

Ninín quedóse mirándola. Y cuando ella esperaba oírle ¿Sabes que estás muy linda?, él expresó calmoso:

—Bueno, y... ¿qué tal sigue tu enamorado canónigo?

—De eso tú tienes la culpa. No haces caso de mí. Lleno está siempre tu gabinete de monjas, frailazos, curas, ex aristócratas, militares de cruz al cuello y flor de lis en las ancas. Mientras, yo... Y la joven hizo ademán de secarse una furtiva lágrima.

Encogióse Benigno de hombros:

—No creo quieras—dijo secamente— que una autoridad republicana reciba chusma.

Se enfurruñó Luisita más y más.

—¡Es que estoy harta de mi abandono! ¡Yo soy joven, no fea, y en vez de retratarte conmigo, para que yo también salga en los periódicos, únicamente te haces retratos con el manflorita del obispo y con pías de beatonas que no se han lavado nunca. No te cuidas de lo que hago fuera de casa, ni con quién lo hago, y en trueque te preocupas de ser vocal en todas las juntas parroquiales. No averiguas adónde voy si digo que voy a misa, y en cambio, recto, inflexible, haces expe-

dientar al funcionario que no la oye. ¡Y aún me hablas del canónigo! Nunca, nunca, me has dicho las cosas que él me dice!...

El Poncio encendió un cigarrillo con pensativa lentitud.

—Oye, nena —expuso—. Compruebo con tristeza que entiendes poco de política. ¿Ves esos telegramas? De Madrid son todos. Felicitaciones oficiales por mi tarea de pacificación espiritual. Se me aplaude porque republicanizo a cristeros y cristeras como la República republicanizó el Ejército, la Justicia, la Burocracia; esto es, entregándosele del todo. Y no creas. El propio Sr. Martes también te felicita por tu obra con el canónigo. Bueno; por la obra que practicáis al recoger fondos para el Sagrado Corazón de Castrofelices...

—En cuanto quieras, dejo a ese hombre.

—No, hija; no. Sigue, sigue con él. Eso sí, guarda las formas. Y déjame continuar mi carrera.

—¿Y en qué te perturbo? En menos de dos semanas has salvado la República cinco veces. Las mismas que la hubieras salvado consintiéndome acompañarte al salir tú en tu coche oficial. Si, apenas quieres, descubres yacimientos de bombas incluso en las cajas de cerillas; si, cuando se te ocurre, hallas racimos de carabinas, pistolas y cartuchos entre las ascuas de las cocinas obreras, ¿qué te impide consentir que durmamos juntos? Debo recoger parte de la popularidad que te rodea. Ser la colaboradora del *Salvador de la República*, como a tí te dicen.

Benigno, puestos los ojos en la vitrina donde conser-

vaba el magnífico bastón de mando que le regalaran los abastecedores de la cárcel, redarguyó caviloso:

—No insistas, nena. Carezco de tiempo para pensar en pequeñeces. ¿Juzgas sencillo mi trabajo? ¿Crees cosa fácil perseguir a los que figuran en los ficheros policíacos como indeseables para la Monarquía? ¿Te parece sencillo hacer encarcelar a éste porque ha interrumpido en un mitin agrario, y al otro porque perturbó la majestad de un acto religioso callejero?... ¡Ay, nena, nena! ¡Si supieses las cavilaciones que produce lograr estén las cárceles atiborradas de enemigos de la República, vulgo republicanos! ¡Si vieras la vigilancia que requiere poder aporrear de firme a todos los antimonárquicos que se empeñan en celebrar manifestaciones públicas!

Luisita, furiosa, se plantó delante de su marido:

—¿Es esa tu última palabra?—dijo temblando de ira.

—No. Quiero darte un consejo. Mira, rompe con el canónigo, aunque le veas tan pulidito, rizadito y perfumadito. El de allá puede saberlo, y es un poco bruto. A lo peor se te planta aquí y te deja viuda del canoniguito...

—¡Ah, también burlas?—chilló Luisita, puesta en jarras—. Bien, tú lo has querido. Prepárate, pues. Y vete despidiendo del cargo, porque ¡menuda voy a armar yo por mi cuenta!

Benigno se encogió de hombros. Y cogiendo un papel, escribió unas líneas: «Reconocido a las felicitaciones que me dirige. Respetuosamente las transfiero al personal a mis órdenes, firme sostén de la Repú-

blica. En la manifestación extremista que hice disolver esta mañana, hubo dos transeuntes muertos y quince manifestantes heridos...»

* * *

¿Qué tramaba Luisita? Benigno, indiferente, no se cuidó de inquirirlo. Esperaba con fiado la reconciliación de primeros de mes. La reconciliación del cobro. Porque Luisita era interesada, y Benigno...

Benigno podía bizarrear de personaje. Ya era diputado por la provincia donde tantas veces salvó a la República. Pero como nadie podía reemplazarle allí, su obra parlamentaria se redujo a tomar posesión del cargo y mil pesetas mensuales. Adscribiósele al Consejo Nacional de Sociología Comparada—porque tuvo el buen cuidado de desligarse de la Derecha y declararse sociólogo—; a la Junta Consultiva para la extinción de las chinches: al Patronato para el aprovechamiento de las cáscaras de sandía verde; al Comité para el estudio de los cangrejos de mar y de río; y en fin, hasta logró codiciado puesto en el Consejo Superior instituido para regular el consumo de los melocotones de hueso dulce...

Todo aquello, y lo demás, se traducían en cincuenta billetes de mil pesetas, o en cien de quinientas, o en quinientos de cien, o en dos mil de veinticinco.

Y estos billetes, a su vez, deberían traducirse, co-

mo todos los meses, en una explosión jubilosa de Luisita.

Ninín sonreía pensando en la frase mensual de su consorte:

—¡Ay, nene, y qué retebién hizo España en traernos la República!

Pero en aquella ocasión Luisita no dijo nada. Puso los billetes en un armario, y tararea que tararea una cancioncilla de *cabaret*, miró a Ninín por encima del hombro y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo?—adujo él asombrado—. ¿No te conmueves? ¿No me gastas la broma de que estamos «Al Servicio del Presupuesto de la República?»

Volvióse Luisita con rapidez, y mirándole con desprecio, le abofeteó con un insulto:

—¿Sabes lo que piensa de tí el canónigo? Que no comprende cómo yo, buena cristiana, puedo convivir con un hombre traidor a la fe, traidor a quien ocupaba el trono de San Fernando...

—¿Te has vuelto loca?—saltó Benigno estupefacto—. ¿A quién traiciono?

—A Jesús sacramentado—repuso con solemnidad la eclesiástica gobernadora—. Mientras, ¿qué hace tu hermano el general? Ha prometido por su honor servir a la República, y tiene sumariados a todos los jefes y oficiales izquierdistas. ¿Y qué hace tu hermano el juez? Soltar a todos los monárquicos que delinquen, procesar a todos los republicanos que se ponen a su alcance...

Benigno, atónito, la miró llevándose las manos a la cabeza:

—Pero criatura, ¿y qué hago yo? ¿No destrozo cuantas organizaciones de izquierdas puedo? ¿No han ido por mí al camposanto más de quince izquierdistas? ¿No hay aquí más procesiones que con la Monarquía? ¿No eliminé de todos los puestos de confianza a los republicanos que los tenían? Pues, ¿qué más quieren?

Luisita volvió a mirarle desdeñosa:

—¿Qué más? ¡Que te llames alfonsino, como tu hermano el general, como tu hermano el juez, como los tíos, sobrinos y primos que colocaste aquí, allá y acullá! ¿Tienes miedo, no? ¡Cobarde! ¿Y miedo a qué? ¿Les ocurre algo al general, al juez, a los otros?

—Luisita, ¡por Dios! ¿Cómo pretendes que declare lo que soy? ¡Los gobernadores son los únicos que no pueden ejercer llamándose monárquicos!

—Ya—murmuró despreciativa la consorte—. Ya me lo tenía prevenido él. «Tu esposo es de los resellados. Hace labor antirrepublicana por si venimos nosotros algún día; pero está con los masones, que nos aplastan con su abominable persecución...»

Y digna, majestuosa, la dama se fué sin tornar la cabeza...

Pero no, cual de costumbre, en busca de consuelo para sus tribulaciones domésticas, al arrimo de la dulce sotana.

Cuando estuvo a solas abrió la misiva que, con los billetes de la mensualidad, le había dado el Poncio. Letra del cura de Castrofelices. Y frases amenazadoras:

—«Tu carta me tiene loco. ¿Conque tu marido no te consiente venir ni te deja tiempo para escribirme? No le culpo a él, sino a tí. A tí, que por vanidad debes haberle sonsacado. A tí, que por echártelas de gobernadora, sin duda le obligas a fingir lo que en él no puede pasar de fingimiento. ¡Ten cuidado! Bien sabes que soy de los que no perdonan. Y estoy a punto de echarlo todo a rodar. Piénsalo y ven. Porque si no vienes...»

Quedóse cabizbaja Luisita. Y en el recuerdo, ya borrado, del día en que brutalmente la hizo suya el clérigo, comenzó a infiltrarse una increíble alucinación pavorosa.

Entre neblinas de ensueño columbraba el montecillo donde tantas veces, junto a las obras del monumento, escuchó convulsa las rijosas obscenidades del fauno. Y ¡horrenda visión!, era el eura sucio y brutal, zafio y toriondo, quien se erguía sobre los pedruscos de la basa, jadeando como bestia en celo ante la mujer del prójimo, tomada con violencia... A los pies del cura, y tinto en sangre, yacía descoyuntado, cual muñeco roto, un clérigo jovencito, rizado, bello como «bibelot» de imaginería jesuita...

Cuando Benigno recibió el anónimo estaba en el apogeo de su gloria. Los partidos gubernamentales pro-

curaban atraerse al funcionario modelo. Era común llamarle «insigne sociólogo»—llevaba ya veintitantos muertos en su hoja de servicios—, y hasta un camaleónico personaje le decía «el posible Thiers español». Aún más: cuando los elementos «de orden» pensaban en una fuerte dictadura que restaurase del todo la paz moral con devolver su predominio a la Compañía de Jesús, el nombre de Benigno sonaba con insistencia entre los de dos o tres políticos republicanos de altura...

Y de pronto llegó la esquila misteriosa:

—«*Granuja—decía—: los patriotas que transijimos con verte servir a esta República izquierdista y atea, no toleramos el ejemplo que a nuestras madres, mujeres e hijas da tu esposa. O la expulsas de nuestra ciudad, o apercíbete a recibir el castigo que merecen los cornudos.—Una víctima tuya.*»

Vagamente inquieto, Ninín quiso parar el golpe.

—¡Nunca!—chilló Luisita indignada—. Ya es tarde para componendas entre tú y yo. Además, éstas son cosas tuyas, como los anónimos que inventas para perseguir anarquistas. Ni me voy, ni dejo al canónigo. Que te conste. ¿Ves el traje que llevo? ¡Me lo pagó el canónigo! Y si no te pido para trajes, ¿cómo quieres que oiga siquiera tus sandeces?

¿Qué haría Benigno? Arrumbó el anónimo. Y muy en breve, otras cavilaciones más gratas señorearon su pensamiento. Porque sus hermanos el general y el juez fueron a verle, y...

* * *

A la sazón, la Prensa ministerial—y con señaladísimas excepciones toda lo era—ensalzaba clamorosamente un hecho próximo. ¡Iba a celebrarse una gran fiesta republicana! ¡La inauguración solemne del «Monumento a la Tolerancia!»

¡Sí; porque ¿qué nombre, si no el de «Monumento a la Tolerancia», podía llevar el Sagrado Corazón erigido en Castrofelices por uno de los mejores funcionarios de la República? Y los periódicos ministeriales—esto es, casi toda la Prensa—clamaban día y noche pidiendo esplendor magnífico para el acto glorioso que había de confundir sin piedad a quienes censuraban el ateísmo de la República. Convenía mucho, mucho, aquella obra de tolerancia. Sobre todo a raíz del descubrimiento de un complot monárquico, muy grave y que hizo sentar la mano con dureza a los trabajadores que en su enojo se atrevieron a destruir algunas propiedades de la gente conspiradora. ¡Paz! ¡Tolerancia! ¡Republicanismismo de corte versallesco!

¡Ay! ¡Tolerancia! Tres días antes de acudir el Gobierno a Castrofelices, tres días antes de irse a consumir la magna obra política que se dictó a Benigno desde Biarritz, comenzaron a correr de mano en mano por el feudo de Benigno unas fotografías ominosas. ¿Acaso una reproducción de los blasones concedidos por Carlos Chapa al padre de Ninín? No. En la fotografía campeaban la gobernadora y su canónigo, derretiditos de ternura, comiéndose a besos en un ribazo de lujuriante césped.

Con justa causa la infame arremetida puso fuera de

si a Benigno. ¡Sólo faltaba que se arrepintiese ahora el Gobierno de acudir a Castrofelices! ¡Tan bien preparado como estaba todo para la solemne fiesta!

Encendido en cólera, Ninín convocó su consejo áulico. ¡Era preciso castigar al canalla! Y, naturalmente, había que descubrirle primero.

El jefe de la Policía—muchos años ayudante de Martínez Anido—declaró su impotencia. Todos los sordicistas de viso estaban en la cárcel. Pero, por sí o por no, se podía detener a todos los fichados como co-tizantes confederales, y recluirlos en un campo de concentración. El presidente de la Audiencia—fervoroso upetista cuando los upetistas no blasonaban de republicanismo—también se mostró desorientado. Con todo, podía recluirse a los individuos que tuviesen malos antecedentes; es decir, los que fueran republicanos con anterioridad al 14 de abril. Pero el Obispo, sabio y juicioso, sugirió:

—Prudencia, señores. Las personas que podrían acaudillar masas contra el movimiento que preparamos; todo aquel que podría oponerse al triunfo de la restauración, están presos y casi a punto de ir a presidio. ¿Para qué lanzarnos a exageraciones que quizás alar-masen? Sobre que a mi juicio—añadió con su acostumbrada sapiencia—, este golpe viene de Castrofelices...

¡De Castrofelices! Aquello fué un rayo de luz para el *Salvador de la República*. ¡El tío Blas! ¡Una venganza del odioso tío Blas, a quien él, siendo monár-quico, persiguió como una fiera! ¿Cómo pudo creerle

vencido por el acoso de los núcleos «republicanos» locales? ¡Ah! Pero el miserable las iba a pagar todas juntas.

Y en efecto, tras larga conferencia con Madrid, cursáronse órdenes para la detención de Blas Núñez, «hombre de ideas extremadamente republicanas» y que se proponía cometer odioso atentado contra los ministros al inaugurarse el «Monumento de la Tolerancia».

Pero las órdenes quedaron incumplidas. El tío Blas había desaparecido mucho antes de Castrofelices y se ignoraba su paradero.

La noticia dejó indiferente al canónigo pulidito, rizadito y perfumadito. ¿Por insensible al escándalo que circundaba su personilla? ¿Por saber que le preparaban un homenaje de desagravio, en que el clero de la diócesis atestiguaría su honrada protesta «contra los abominables excesos de las Logias?» ¡Quién sabe! Ni se inmutó al ver las fotografías acusadoras, ni le produjo efecto la nueva de que el párroco de Castrofelices había sucumbido, por obra y gracia de un proyectil misterioso, al volver de noche a la rectoría...

Luisita, sí; Luisita lloró unos instantes al conocer la nueva. Y como el llanto la deshermoseaba y tenía que irse a ver al canónigo, se empolvó concienzudamente la cara y tuvo especial empeño en que no denotase el rimmel de sus ojos que había llorado...

* * *

Faltaban pocos minutos para la inauguración solemne del «Monumento a la Tolerancia», enfundado en enorme disfraz tricolor. Todo era júbilo en Castrofelices, muy galano con infinitas grandes cruces de flores, encaperuzadas en gorros frigos. Todos los grupos republicanos de la localidad pululaban por las calles, y su insignia—un triángulo cortado por un crucifijo—entonaba con su severa nota laicista el sinfin de rótulos con el expresivo *A. M. D. G.*, que se veía sobre innumerables colgaduras azules y blancas.

En la fábrica de Benigno—cuya descomunal bandera tricolor exhibía un «Yo, reinaré» visible a media legua—esperaban los gobernantes, acabaditos de llegar. Esperaban el punto y hora de ejercer sus funciones inaugurales. Y en ellos todo era satisfacción por la ceremonia que aseguraría radicalmente a la República la elegancia de líneas, el «tono europeo», que se procuró darle desde que Don XIII huyó diciendo a sus militares y funcionarios: «Ahí os dejo bien colocaditos; a ver cómo os portáis.»

¿Programa de la fiesta? El oficial no nos importa. El otro, convenido por Ninín con los directores de la trama, revestía caracteres de sencillez prodigiosa.

Pues que, a excepción de los ministros, ninguno de los allí congregados creía en la República, bastaba con apoderarse de los ministros, en montón, al descubrir la imagen, cubierta con los colores monárquicos a socapa de su disfraz republicano. De allí—porque Benigno, por un resto de decencia, repudió prenderles en la fábrica—, el Gobierno iría codo con codo a la cárcel

para ser juzgado en Consejo de guerra sumarísimo. Y nada más. Como la mayor parte de los cargos públicos, civiles y militares, seguía en poder de alfonsinos, un breve telegrama—cursado por el propio *Salvador de la República* desde la Casa Consistorial—desencadenaría en todos los Centros oficiales el cambio de régimen...

Llegaba el instante. Ya iba a salir de la fábrica el cortejo ministerial. Benigno, impaciente, nervioso, corría de grupo en grupo dando las últimas instrucciones. Un júbilo marcial y bravo fulguraba en las bayonetas, centelleantes a la limpia luz del sol. De pronto...

De pronto un estampido inmenso atronó los aires. La tierra, minada en torno del santo adefesio, se abrió en surtidores inauditos, que proyectaban a la altura densas nubes de polvo amarillento. La imagen, levantada en vilo, deshecha en mil pedazos, cayó con fragoroso estrépito sobre la deshecha masa de aceros, plumas, cintajos y colorines donde bullía la conjura. Y cuando pasó la tolvanera, cuando volvió a lucir la claridad sobre las piltrafas sangrientas que cubrían el suelo, vióse al tío Blas, enhiesto sobre los pedruscos de la destrozada efigie, ululando con bramidos de fiera: «¡Viva la República! ¡Viva el Pueblo!»

Los ministros se habían salvado. Triunfaba otra vez la República sobre sus propios errores. Pero no sola. Benigno, el hombre de los cien empleos, también se hallaba sano y salvo. Era el único de los traidores a quien no alcanzó la saludable justicia popular. Como un símbolo, quedaba en pie, firme, cauteloso, artero...

—¡Infame, infame!—gemía convulso—. ¡Nos han deshonrado la República! ¿Qué dirán los que tanto enaltecían en el extranjero la elegancia de nuestra revolución sin revolución!

Naturalmente, Benigno recibió el encargo de mantener a toda costa el orden. Y su primera disposición fué organizar extremosa batida para la captura del malvado autor de la tragedia que deshonraba la República. Y el tío Blas, perseguido como alimaña, cayó acribillado a balazos al ir a entregarse a sus perseguidores. Con él cayeron otros hombres del trabajo, «cómplices» suyos en la tarea de castigar a los participantes en la conjura.

Meses después, Benigno formaba Gobierno con otros republicanos de su cuerda. Y los periódicos ministeriales—ministeriales de todos los Ministerios—clamaron jubilosamente: «¡Al fin! Ya era tiempo de que triunfase el lema «La República, para todos.»

¡Ah! El canónigo de marras era ministro de Justicia con el esposo de la ex gobernadora...

.....

¿Que cuándo pasó lo que os refiero? Nunca. Es el desvarío de un pobre hombre a quien conocí en un manicomio, y cuya demencia se manifestaba principalmente en afirmar que la cordura se había refugiado en los manicomios. Pero, en verdad, estaba sin juicio. Yo, que le conozco de mucho antes, aseguro que perdió la chaveta viendo en qué forma escarmentaban los Pode-

res republicanos con las intentonas de restauración alfonsina.

Mucho me temo no sea este caso único. Una estadística minuciosa puede acreditar cómo son muchos, muchos, los españoles que hace tiempo se preguntan: «¿Habré perdido la razón? Porque no es de creer que, sin estar demente, me parezcan tan poco juiciosas tantas personas que son tenidas por modelo de sensatez republicana...»

Augusta Viverra

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

al-

dís-
mu-
tan:
que,
tan-
atez

La

BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS

lleva publicados los siguientes números:

JESUCRISTO, MALA PERSONA.

LAS ALEGRES ABUELAS DE JESUCRISTO (denunciada).

LA ABSURDA VIRGINIDAD DE MARIA (denunciada).

¡ESO DE LAS HOSTIAS! (denunciada).
LA FARSA DE CRISTO REY.

LOS CHIRIMBOLOS DEL ALTAR.

LA IGNORANCIA DE JESUCRISTO.

¡VAYA UN CIELO EL DE LA BIBLIA!

JESÚS, SANTIFICA EL MATRIMONIO CIVIL.

EL POBRE DIABLO, EN RIDICULO.
ORIGEN NEFANDO DE LOS CONVENTOS (denunciada).

CRISTO NO FUÉ CRISTIANO

Pedidos a

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41.—MADRID